Dibujo de figura

José Acosta Montoro

¿Cuántos trazos hacen falta para fijar la figura de un hombre? Quizá el problema se reduzca a la perspectiva, o a lo que está detrás, encomiándola. Quizá pueda entenderse si se parte del proverbio de Antonio Machado:

El ojo que ves no es

ojo porque tú lo veas;

es ojo porque te ve.

Ahí es nada: ver. Reconozco que me hacen falta muy pocos trazos para saber de un hombre y que prefiero la borrosa silueta del carboncillo sobre un papel malva o gris, a los perfiles decididos de la tinta china sobre el papel vegetal.

Y pocos trazos son los que dibuja en el aire de una vida, la suya, el pasado condiciona, y tanto, Antonio Pereira, un poeta que en 1964 quedó finalista en el Premio Guipúzcoa con su libro «Del monte y los caminos» (El Bardo, Barcelona 1966)

En aquel libro, Antonio Pereira fijaba la cuarta dimensión que hay en los hombres y en el paisaje, quizás porque sus trazos sepan unirlos, hombre y paisaje, una sola esencia, ser en el mundo.

El hombre se limita

al pálpito cercano

que lo guía y desecha

los plurales contornos

de evidencia imposible...

…decía. Y esos plurales contornos de un paisaje que va en el hombre, con el hombre, a veces se convierten en árboles de recuerdos en ramas de aquello que quedó y está -aquel de «todo esto que pasa, ¿qué queda?» juanramoniano-, y el ser, una tarde, porque en la tarde es cuando el hombre mira atrás, siente cómo el paisaje se puebla de sombras, y el poeta las trae a su exterior, aun dentro de sí, y dibuja su figura, una

figura que nace como todas:

Como pájaros nuevos aprendíamos

y una tarde sin viento nos soltaban

y habla que volar.

Un viaje empieza cuando se empieza a volar. Y termina cuando las alas yacen muertas, o han sido cortadas, o se plegaron al cansancio. Pero el vuelo existió y es una constante:

y hoy daría

no sé lo que daría por rehacer el viaje.

Los trazos primeros no son dorados, como tantos dicen, los días de pubertad tienen el fulgor de la niñez y la melancolía de las ansias reprimidas, de los misterios aún por descubrir. Es la nostalgia, después, quien guía la mano. Y el sentido de la injusticia, y el descubrimiento de que el mundo no es como debiera... Toda una figura se va dibujando en trazos suaves, hasta formar esa precisa presencia de un hombre en la vida, en su vida, en la que le circunstancian y oprimen...

Me juzgaron y tuve que escuchar.

No eres de los nuestros.

No somos de los suyos, tú tampoco.

con tu trabajo y tu pena a cuestas,

aunque no sean cuestas de estos puertos.

Así voy desviviendo mi condena.

no en mi ciudad, tan sólo en sus alfoces,

no en el monte, tan sólo en sus estribos,

repudiado por pobre de los ricos.

arrojado por rico de los pobres.

con señales que nadie creerla

bajo la seda blanca tan planchada.

Es recomponerse, Antonio Pereira, hasta que llega un momento en que pueden confundirse los trazos, en la suave penumbra que da un árbol a la vuelta de un camino.

No hay nada más cansado que el rostro de un domingo

si son las cinco de la tarde y llueve,

no hay recuerdo más triste que el de los soportales

y la humedad calando la suela del zapato.

Pero a veces, con el sol y en día de diario.

más veces cada vez, casi todas las veces,

la fatiga del mundo hace eternas las horas

Creo que todos los libros debieran mostrar una fotografía del autor elegida por él mismo, y un trazo caligráfico en que dijera de sí. Define mucho la fotografía elegida por cada uno. ¡Qué fácil es descubrir el vano imbécil! ¡Cómo alegra encontrarse al hombre en sus inquietudes, en sus anhelos, en su nostalgia, tal cual es, aun en la lucha por llegar!

Termino de leer, y en la contraportada la fotografía muestra a un hombre que deja perderse la mirada, tras los cristales, en esa línea que marca el más allá del horizonte, una mirada que tiene la rememoranza y el suave trazo de un poema con que Antonio Pereira dibuja su figura.

Y al final de su caligrafía: «Este invierno no me está siendo bueno que digamos, pero tengo mucha fe en la primavera. Úrsula está conmigo...». Antonio Pereira es un buen poeta, y por eso siempre tendrá fe en una primavera; y es un hombre afortunado, porque siente en si la canción de Antonio Machado:

Poned atención:

un corazón solitario

no es un corazón.

En una tarde de domingo, ayer, a las cinco y lloviendo, y tronando, porque es

primavera, le he leído y he recordado. Porque cuando un hombre traza su figura puede ayudar a otro hombre a perfilar la suya. Es algo de lo que da, y tanto, el poeta. Ciertos hombres, muchos quizás, pero menos que los otros, llevan una vida muy semejante.